

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

A lo largo de estos meses, nos estamos esforzando por situar en primer plano la práctica de las obras de misericordia. Consideremos hoy una a la que Jesucristo se refiere expresamente al trazar el programa del caminar cristiano, las bienaventuranzas. *Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados*¹.

Se trata de una obra de misericordia que, como el perdón de las ofensas, nos permite parecernos más a Dios, imitarle. Ya en el Antiguo Testamento, el Señor había anunciado: *como alguien a quien su madre consuela, así Yo os consolaré*². Y Jesús, en la última cena, manifiesta esa consolación del modo más perfecto posible, pues promete el envío del Espíritu Santo, la Persona divina a la que se atribuye —por ser el Amor subsistente— la misión de consolar a los cristianos en sus penas y, en general, de fortalecer a los afligidos para superar toda clase de males.

Hijos míos, contemplando la situación del mundo, nos damos cuenta de que muchas personas lloran, sufren. Los dramas que ocasionan las guerras provocan grandes tragedias, que no nos pueden dejar indiferentes; la emergencia de los inmigrantes o las situaciones de injusticia que claman al cielo causan muchas lágrimas. Pienso, en particular, en los que están sufriendo por defender su fe, incluso poniendo en riesgo sus vidas.

Al leer vuestras cartas, o en las conversaciones que mantengo con vosotras o con vosotros, comparto de todo corazón vuestras alegrías y también vuestras penas y dolores. ¡Cuántas familias padecen un sufrimiento grande, porque alguno de sus miembros vive alejado del Señor, o ven sufrir a un enfermo y se sienten impotentes para aliviarle el dolor! Somos personas que estamos en medio del mundo, y es lógico que los dramas contemporáneos —el flagelo de la droga, la crisis de la unión familiar, el hielo producido por el individualismo, la crisis económica— nos toquen muy de cerca.

Comprobar esta realidad no nos ha de llevar a la tristeza. Contamos con la seguridad de que —si permanecemos junto al Corazón de Jesús— seremos consolados, y no sólo en la vida eterna. Ya aquí en esta tierra el Señor nos ofrece el consuelo de su cercanía. Como un padre amoroso, no nos deja nunca a solas. Como enseñó siempre san Josemaría, la raíz de la alegría sobrenatural de los cristianos brota de la conciencia de nuestra filiación divina. ***A mí me causa un consuelo inmenso la seguridad, tan propia de los hijos de Dios, de que nunca estamos solos, porque Él siempre está con nosotros. ¿No os conmueve esta ternura de la Trinidad Beatísima, que no abandona jamás a sus criaturas?***³.

Fijémonos que, entre las razones de la conversión del mundo pagano, en los primeros tiempos del cristianismo, se habla del ejemplo de aquellos predecesores nuestros, los primeros fieles bautizados, que no perdían la alegría sobrenatural ante las penalidades y persecuciones que sufrieron por amor a Jesucristo. En el libro de los Hechos se apunta expresamente cómo los Apóstoles, después de haber sido azotados por predicar el Evangelio, *salían gozosos de la presencia del Sanedrín, porque habían sido dignos de ser ultrajados a causa del Nombre*⁴.

¹ Mt 5, 4.

² Is 66,13.

³ San Josemaría, *A solas con Dios*, n. 143 (AGP, biblioteca, P 10).

⁴ Hch 5, 41.

También ahora el gozo sobrenatural y humano de los seguidores de Cristo, aun en medio de las mayores contradicciones, ha de ser como un imán capaz de atraer a quienes se encuentran inmersos en la tristeza o en la desesperación, porque no conocen cuánto les ama Dios. «El cristiano vive en la alegría y en el asombro gracias a la Resurrección de Jesucristo. Como vemos en la Primera Carta de San Pedro (1, 3-9), aunque seamos afligidos por las pruebas, nunca se nos quitará la alegría de lo que Dios ha hecho en nosotros (...). El carnet de identidad del cristiano es la alegría: la alegría del evangelio, la alegría de haber sido elegidos por Jesús, salvados por Jesús, regenerados por Jesús; la alegría por la esperanza de que Jesús nos espera, la alegría que — incluso en las cruces y en los sufrimientos de esta vida — se expresa de otro modo, que es paz con la seguridad de que Jesús nos acompaña, está con nosotros. El cristiano hace crecer esa alegría con la confianza en Dios».⁵

En este contexto de fe y de esperanza teologales, se entiende la seguridad con que nuestro Padre podía afirmar que *la alegría es un bien cristiano, que poseemos mientras luchamos, porque es consecuencia de la paz*⁶, además de que *tiene sus raíces en forma de Cruz*⁷.

Un cristiano que se sabe hijo de Dios no se debería dejar apabullar por la tristeza. Podrá sufrir en el cuerpo y en el alma, pero incluso entonces la conciencia de su filiación divina, suscitada en él por la acción del Espíritu Santo, le prestará nuevas energías para ir adelante, *semper in lætitia!* Como aconsejaba san Josemaría, *mientras luchemos con tenacidad, progresamos en el camino y nos santificamos. No hay ningún santo que no haya tenido que luchar duramente. Nuestros defectos no deben llevarnos a la tristeza y al decaimiento. Porque la tristeza puede nacer de la soberbia o del cansancio: pero en los dos casos, el que acude al Buen Pastor y habla con claridad, encuentra el oportuno remedio. ¡Siempre hay solución, aunque se hubiese cometido un error gravísimo!*⁸.

El recurso seguro para evitar la tristeza o salir de su tenaza, consiste en abrir el corazón con Jesús ante el Sagrario, y a quien —como instrumento suyo— orienta al alma entre los vericuetos de la vida espiritual. Tengamos siempre presente, poniéndolo en práctica, el consejo que daba san Josemaría: *levantad el corazón a Dios, cuando llegue el momento duro de la jornada, cuando quiera meterse en nuestra alma la tristeza, cuando sintamos el peso de este laborar de la vida, diciendo: miserere mei Domine, quoniam ad te clamavi tota die: lætifica animam servi tui, quoniam ad te Domine animam meam levavi (Sal 85, 3-4); Señor, ten misericordia de mí, porque te he invocado todo el día: alegre a tu siervo, porque a ti, Señor, he levantado mi alma*⁹.

¡Qué hermosa labor realizan los cristianos al consolar a quienes se encuentran afligidos por una contrariedad, grande o pequeña, que les roba la paz! Además de rezar por ellos, es preciso fomentar una acogida cariñosa, pues muchas almas sólo buscan a alguien que escuche con paciencia sus penas. ¡Cuántas caras tristes encontramos en nuestro caminar terreno, porque nadie les ha enseñado a abandonarse en el Señor, y con qué consolación fraterna debemos acogerlos! «Cuántas lágrimas se derraman a cada momento en el mundo; cada una distinta de las otras; y juntas forman como un océano de desolación, que implora

⁵ Papa Francisco, Homilía en Santa Marta, 23-V-2016.

⁶ San Josemaría, *Forja*, n. 105.

⁷ San Josemaría, *Forja*, n. 28.

⁸ San Josemaría, *Carta 28-III-1955*, n. 25.

⁹ San Josemaría, *Carta 9-I-1932*, n. 15.

piedad, compasión, consuelo. Las más amargas son las provocadas por la maldad humana: las lágrimas de aquel a quien le han arrebatado violentamente a un ser querido; lágrimas de abuelos, de madres y padres, de niños (...). Tenemos necesidad de la misericordia, del consuelo que viene del Señor. Todos lo necesitamos; es nuestra pobreza, pero también nuestra grandeza: invocar el consuelo de Dios, que con su ternura viene a secar las lágrimas de nuestros ojos»¹⁰.

Así se condujo el Maestro durante su paso entre los hombres. Movido por su misericordia, se detuvo en el camino para consolar a la viuda de Naín, que lloraba la muerte de su único hijo; de igual modo se comportó con Marta y con María, en Betania, afligidas por la muerte de su hermano Lázaro. También lloró por la suerte que iba a correr la ciudad de Jerusalén¹¹. Al comenzar su pasión, ya en el Huerto de los Olivos, sufrió hasta el punto de sudar sangre, y permitió que *un ángel —una criatura— le consolase (cfr. Lc 22, 39-46). ¿Puede darse mayor muestra de humanidad que admitir el consuelo, ese refuerzo que otro nos presta para levantar nuestra languidez, nuestra debilidad, nuestro descorazonamiento?*¹².

Siguiendo los pasos del Maestro, consolemos a quienes lo necesiten. Es algo que está en las entrañas del espíritu cristiano. Así se dirigía san Francisco al Señor, en una oración también repetida por muchas generaciones: «Señor, hazme instrumento de tu paz. Donde hay odio, siembre yo amor; donde haya injuria, perdón; donde haya duda, fe; donde haya tristeza, alegría; donde haya desaliento, esperanza; donde haya oscuridad, tu luz»¹³.

El 22 de este mes recordamos a María Magdalena. Pocos días atrás, el Papa ha elevado su memoria litúrgica a la categoría de fiesta. Sus lágrimas de arrepentimiento borraron todos los errores de su vida pasada, y le permitieron luego unirse al Señor en su Pasión y en su Resurrección como ninguna otra de las santas mujeres, a excepción, claro está, de la Santísima Virgen. Recurramos a la Madre de Dios y Madre nuestra en todas nuestras necesidades; Ella es Consoladora de los afligidos, Refugio de los pecadores, Auxilio de los cristianos, y no cesa de cuidarnos. *¡Madre! —Llámala fuerte, fuerte. —Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha*¹⁴.

Sigamos rezando por el Papa y sus intenciones. Acompañémosle espiritualmente en el viaje apostólico a Polonia con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud que se celebrará en Cracovia.

Con todo cariño, os bendice

vuestro Padre

+ Javier

Aix-en-Provence, 1 de julio de 2016.

¹⁰ Papa Francisco, Vigilia de oración para "enjuagar" las lágrimas, 5-V-2016.

¹¹ Cfr. Lc 7, 11-13; Jn 11, 17 ss; Lc 19, 41-44.

¹² San Josemaría, *Carta 29-IX-1957*, n. 34.

¹³ *Oración simple* atribuida a san Francisco de Asís.

¹⁴ San Josemaría, *Camino*, n. 516.